

Colo Colo, Salah y una analogía

Por Jaime Guzmán

El nuevo título de campeón para Colo Colo me ha sugerido variadas reminiscencias y reflexiones.

Recuerdo cuando en 1960 acompañaba a mi padre al fútbol, junto a su entrañable amigo Fernando Riera, entrenador de la selección chilena para el Mundial del 62 que se acercaba.

Siempre le escuchaba a Fernando lo ingrato de una actividad en que uno se juega cada semana la estabilidad de su propio trabajo, por razones de resultados que en el fútbol siempre son especialmente imponderables. Porque si en deportes individuales como el tenis, o de técnicas más sutiles como el básquetbol, casi siempre ganará el mejor, en el fútbol ello es mucho más incierto. Quizás en eso reside parte de su embrujo. Pero para los entrenadores tiene que resultar un suplicio. Una falla de un jugador puede costar un partido. Y un conjunto de derrotas sucesivas suele significarle perder su puesto... al entrenador.

El caso que recuerdo fue un ejemplo palmario de ese riesgo. Se trataba de un trabajo a largo plazo para 1962. Había que armar un equipo y afiatarlo con paciencia. Pero ante los resultados adversos de una gira del seleccionado a Europa y de otros partidos preparatorios acá en Chile, la generalidad del mundo futbolístico chileno pedía rabiosa la cabeza de Riera.

Se requirió el carácter excepcional del dirigente Carlos Dittborn, artífice de ese Mundial, para que Fernando continuase. Cuando en 1961 el seleccionado chileno venció a Alemania, en otro partido preparatorio, todo cambió. Se empezó a comprender que teníamos a uno de los mejores entrenadores del mundo, pero que todo tra-



bajo exige tiempo para rendir frutos.

Incluso, la revista "Estadio" ironizó un rasgo típico de la idiosincrasia chilena, comentando que la frase del momento

era decir que "yo siempre defendí a Fernando Riera".

El final de ese episodio lo conocemos todos. Chile tercero en el mundo. Y 70 mil personas eufóricas coreando durante veinte minutos el nombre del entrenador, después que el último jugador desapareciera de la cancha, para que aquél se hiciera presente en ella a fin de homenajearlo, lo que al final realizó, pero con su proverbial parquedad profesional.

He revivido lo anterior al ver triunfar a Colo Colo con Arturo Salah.

¿Cómo olvidar el recelo colocolino ante su contratación, porque provenía de Universidad de Chile? Se menospreciaba así que Colo Colo no sólo es el equipo más popular en número de adeptos. Curiosamente, además, casi todos quienes no somos colocolinos, en lugar de percibirlo un rival enconado, lo sentimos como nuestro segundo equipo. ¡He ahí su principal magia!

¿Cómo no recordar cuando ante un comienzo de adversidades para el equipo, Salah tenía que abandonar el estadio protegido por carabineros frente a su propia hinchada? Pero hubo un grupo de dirigentes jóvenes que supo tener coraje y visión de futuro para apoyarlo.

Y en fin, ¿cómo no destacar la sobriedad y modestia -timbres de grandeza humana- con que Salah recibió la victoria?

Con 25 años de diferencia, las analogías están a la vista. Ojalá nos sirvan de lección en todo y a todos.